



*Secretos*  
*en la Arena*

Ana E. Guevara



# Secretos en la arena

*Ana Guevara*

# Índice

## SECRETOS EN LA ARENA

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Agradecimientos

Sobre Ana Guevara

Notas

## Misterio, intriga y oscuros secretos en esta historia que es la continuación de *Las orillas del pasado*.



Después de romperle el corazón a Pablo al elegir un trabajo en la otra punta del globo en vez de quedarse con él, Marta debe volver a su ciudad natal tras sufrir un aparatoso accidente en directo. Pero nada es como ella recordaba. Pablo, Susana o incluso Loken no están a su lado cuando ella más lo necesita.

Mientras, la Unidad de la Policía Judicial tiene que enfrentarse a un nuevo caso: esta vez es el asesinato de uno de los empresarios más exitosos y conocidos de Cartagena durante la reunión para conmemorar los veinticinco años desde que terminaron el instituto. Un caso que despierta viejos rencores largo tiempo escondidos y que nos enseña, una vez más, que hasta en las mejores familias se guardan oscuros secretos.

Un caso trepidante, lleno de giros y donde todo el mundo esconde secretos; y una historia de amor, amistad y superación. Y todo eso bañado con las tranquilas aguas y la cálida arena del Mediterráneo.

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## 1

Definitivamente estaba gafada, no había otra explicación posible. Ella no creía mucho en males de ojo y en maldiciones, siempre había pensado que eran producto del folklore y que alguien instruido como ella no podía caer en semejantes tonterías, pero a la vista de los últimos acontecimientos estaba empezando a replantearse su teoría.

Iba en la parte trasera de un coche que la cadena le había proporcionado para llevarla a su casa. Un todoterreno negro con las lunas traseras tintadas y con espacio suficiente en el maletero como para llevar todo el equipaje de J-Lo cuando salía de gira. A ambos lados de la carretera veía pasar gasolineras y mesones y no pudo evitar tener una sensación de *déjà vu* de la que le costó varios minutos recuperarse. Durante el mes de abril había sido exiliada, *por su propio bien*, según habían tratado de convencerla sus jefes, durante varias semanas a su tierra natal después de que salieran a la luz unas fotos de su, por entonces novio, besando apasionadamente a una rubia que no era ella. Tras eso, su perro había encontrado un cadáver; ella se había colado por un antiguo compañero de instituto al que no había visto en quince años y había tenido que salir corrien-

do para Madrid el día que habían estado a punto de besar-se. Y todo eso en un tiempo récord.

El conductor de la empresa de coches no era demasiado dicharachero y en seguida quedó claro que no le interesaba darle conversación. Así que Marta continuó mirando lánguidamente por la ventana viendo cómo el paisaje de la meseta se movía dejando una estela al paso del todoterrreno. Se revolvió un poco en el asiento y se rascó por debajo de la escayola que tenía en la pierna izquierda. Ya no le dolía demasiado, pero no podía evitar que le picara a todas horas. El traumatólogo le había dicho que mejor que no tocara demasiado, que podía infectar la herida, pero no lo podía evitar.

Ese había sido otro gran momento televisivo, el día en el que Marta se rompió la pierna en directo delante de millones de españoles. Durante los últimos meses había estado en Guatemala grabando un programa donde unos famosillos de serie B trataban de volver a tener sus quince minutos de fama tratando de sobrevivir en una isla donde, además de cocoteros y arena, no había mucho más. Durante dos días tuvieron una tormenta tropical, lo que obligó a evacuar a los concursantes a un lugar seguro. Hicieron un programa especial el día que volvió a salir el sol, ya que durante dos noches los telespectadores no habían tenido su ración de carnaza. Como desde la cadena estaban deseosos por volver a restablecer la conexión con la isla, el estado de las instalaciones se verificó bastante deprisa, pues lo que importaba era recuperar el *share* perdido.

Y allí estaba Marta, hablando de las próximas eliminaciones en una plataforma de troncos, suspendida a cuatro metros sobre las aguas cuando esta cedió tirando al mar a Marta y a su cámara entre un amasijo de madera y cuerda

de cáñamo. Ella se había roto el peroné izquierdo y el cámara tenía dos costillas rotas y una perforación abdominal por culpa de una rama que le atravesó el vientre. Evacuaron a ambos en helicóptero al hospital más cercano y desde Madrid mandaron a un ex míster España para que la sustituyera, pues las audiencias se habían duplicado desde que se había producido el accidente y desde la cadena no pensaban acortar el programa. Una vez que Marta fue dada de alta en el hospital, la mandaron en el primer vuelo que salía desde Ciudad de Guatemala.

Y ahora circulaba a ciento veinte kilómetros por hora rumbo, una vez más, a Cartagena donde pensaba pasar el resto de la recuperación. Esta vez evitaría la casa de veraneo de sus abuelos, pues sería incapaz de subir las escaleras ella sola, y a finales de agosto habría muchísima gente en la playa y no le apetecía estar en medio del gentío. Además de que ahora podía aprovechar y pasar algunos días sola en casa de sus padres, pues ellos estaban de vacaciones en Tailandia. Cuando su madre se enteró del accidente estaba dispuesta a dar por terminados sus días de reposo antes de tiempo y volver a España en el primer avión que despegara desde Bangkok; pero entre Marta, su padre y su hermano fueron capaces de hacerla cambiar de opinión. Y ahora le esperaban a la presentadora diez días de tranquilidad antes de que sus padres volvieran del viaje que estaban realizando en el país asiático con un grupo de amigos.

Vio su imagen reflejada en la luna tintada: el largo y estilizado cuello, los grandes ojos color miel y el sedoso pelo moreno del que ahora brotaban reflejos castaños, caobas y dorados, gracias a las horas pasadas bajo el sol guatemalteco. Estaba muy bronceada a causa de haber pasado horas filmando en la playa en biquini. La marca de ropa de

baño de la que era imagen le había pagado una auténtica fortuna por los meses en los que presentó el *reality*, pero ellos habían visto su inversión devuelta con creces, pues cada nuevo modelo que Marta sacaba en antena se agotaba a los pocos días en las tiendas. Trajes de baño, pareos o vestidos de playa, todo se agotaba si Marta lo lucía en televisión. Había sido un negocio redondo para todo el mundo hasta que sufrieron el accidente de la plataforma.

Habían pasado tres meses en Guatemala grabando el programa; era un espacio diario con un pequeño resumen del día a día de los concursantes, y los sábados, en absoluto *prime time*, era el día de las expulsiones y nominaciones. El programa había sido líder de audiencia desde el primer día y todo el mundo alababa la profesionalidad de Marta frente a las cámaras. Ya se habían olvidado los telespectadores de los días en los que se había negado a perdonar al futbolista y la convirtieron a ella en la mala de la historia. Ahora se habían cambiado las tornas y cuando se la nombraba era con respeto a su independencia y a su buen criterio.

Durante ese tiempo no tuvo noticias de Susana. Marta le envió e-mails, mensajes, whatsapp, incluso le escribió una postal, pero no había recibido respuesta por su parte. Tampoco sabía nada de Pablo. No había tratado de contactar con él, no hubiera sabido qué decirle, en cualquier caso; pero no había dejado de pensar en él mientras estaba en la otra punta del globo. Tras aquel casi beso y la posterior bronca con Susana había estado a punto incluso de borrar su número del móvil, al final se arrepintió y lo dejó guardado en la memoria. Raúl era el único que le escribía de vez en cuando para contarle alguna anécdota y sacarle una sonrisa. Le encantaba cuando compartía con ella vídeos de

Estrella, su hija, que crecía a pasos agigantados y estaba cada día más espabilada. Su hermano también la mantenía al corriente de cómo iban las cosas por Cartagena, y su madre, que había aprendido a utilizar whatsapp, la inundaba de fotos de gatitos con frases inspiradoras. Eso la hacía sentir un poco más cerca de casa, a pesar de estar en otro continente. Aunque a quien más echaba de menos era a Susana; su silencio se le clavaba en el alma como los cristales de una botella rota. Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con su mejor amiga, y el hueco que dejaba no era capaz de llenarlo con nada.

Miró de nuevo por la ventana y aguzó el oído para ver qué emisora tenía puesta el conductor del coche y se quedó un poco chafada al ver que se trataba de una cadena de deportes donde estaban hablando de la pretemporada del Madrid, o lo que es lo mismo, del estado de forma después del verano de su exnovio. Su romance con la presentadora que la había remplazado duró menos que un telediario y él trató de nuevo de reconquistarla a base de flores, mensajes y regalos caros. Ella puso un océano de por medio y se fue hasta Guatemala, en parte, para no tener que volver a verlo; no estaba preparada para reencontrarse con él, y ese era otro de los motivos por los que prefería volver a Cartagena que quedarse en su chalet de Madrid.

Se rascó una vez más por debajo de la escayola y se puso los auriculares del móvil, la *playlist* comenzó a sonar y las potentes guitarras de «*Learn to Fly*» de los *Foo Fighters* la transportaron lejos de esa carretera, de ese conductor y de esa escayola.

Loken trotaba a su lado mientras volvían al hotel tras su pa-

seo matutino. Cuando su hermana decidió irse a Guatemala para grabar esa atrocidad de *reality* pensaba dejar a Loken en un hotel para perros, pero él se apiadó de la mascota y decidió que se viniera a vivir con él durante algunos meses. Su hermana asintió sin pensarlo dos veces mientras él se daba cuenta del compromiso que acababa de adquirir. Cuando llegó a casa se quedó un instante en el pasillo pensando cómo le diría a Arturo que a partir de ahora serían tres en su pequeño apartamento en vez de solo dos. Su pareja le sorprendió mostrándose encantado con el recién llegado y él no podía estar más contento.

De hecho, ahora se encontraban los tres de vacaciones en la Sierra de Cazorla; tenían el viaje previsto desde hacía meses y su hermana insistió en que no lo cancelara por ella, que encontraría una forma de valerse por sí misma. Él se mostró agradecido con el gesto y sus planes de escapada romántica siguieron adelante.

Se alojaban en el Hotel Convento Santa María de la Sierra, un antiguo convento transformado en alojamiento rural con una decoración maravillosa y que, además, admitía mascotas. Se encontraba en pleno corazón del parque natural, a pocos kilómetros de Arroyo Frío y les ofrecía todas las comodidades que necesitaban.

Por las mañanas Alejandro se había acostumbrado a dar un paseo con Loken pisándole los talones. Bajaban al Guadalquivir, que se encontraba a pocos metros del hotel; Loken adoraba poder correr a la orilla del río y meter las patas en el agua clara. Tras su paseo volvían al hotel donde Arturo les esperaba en la terraza leyendo el diario de Jaén y listo para tomar el desayuno en familia.

Cuando llegaron a la mesa, Loken corrió zalamero hacia Arturo y restregó su hocico contra su pierna hasta que Artu-

ro le rascó detrás de las orejas y pudo tumbarse tranquilamente en el suelo bajo la mesa. Álex le dio un beso al llegar y se sentó en una coqueta silla blanca de hierro forjado al tiempo que comenzaba a untar mantequilla en sus tostadas.

–¿Qué plan tenemos para hoy? –preguntó Alejandro con la boca llena.

–Pues creo que, como ayer estuvimos visitando Cazorla pueblo, hoy podríamos ir a la Cerrada de Elías y al nacimiento del Borosa, es una de las mejores excursiones de la zona. Te va a encantar, así que prepara la cámara porque estoy seguro de que vas a hacer muchísimas fotos.

–¿Loken puede venirse?

–Loken es el que más va a disfrutar con esta excursión, ya verás.

Siguieron comiendo en silencio dando buena cuenta de las tostadas y los huevos revueltos hasta que Arturo se decidió finalmente a hablar.

–¿Cuándo vamos a tener que devolverle el perro a tu hermana?

Era algo en lo que Alejandro había pensado bastante, se había encariñado rápidamente con Loken y, a pesar de que el perro era algo distante los primeros días pues le costaba sociabilizar con los humanos, ahora lo sentían como a uno más de la familia. Ocupaba mucho espacio en su apartamento y comía como un legionario, pero ambos habían disfrutado del tiempo que habían pasado en su compañía y sabían que despedirse iba a ser difícil.

–No lo sé, supongo que con la pierna escayolada no podrá sacarlo a pasear y nos lo dejará todavía algún tiempo más.

Arturo se agachó para acariciar la cabeza de Loken.

—Pues entonces, aprovechemos el tiempo que aún nos queda con este muchachito. Venga, Álex, termina lo que te estás comiendo y coge tu mochila que nos vamos de excursión.

Alejandro se metió la tostada que le quedaba a toda prisa y siguió a su pareja hasta su habitación para preparar todo lo necesario para la excursión que les esperaba. Loken los seguía contento moviendo la cola sin parar, él también se había acostumbrado a la compañía de los dos hombres, aunque echaba de menos a Marta.

No le gustaba el verano y mucho menos la playa. La arena, que se mete en sitios en los que no debería entrar nada; los niños, que corren y lanzan arena a diestro y siniestro; la sal, que se queda pegada en la piel después de bañarte. No, no le gustaba nada el verano. Tampoco encontraba placer en pasarse horas debajo de un sol inclemente para lucir moreno, era consciente de que con esa actitud no se conseguía un buen color, se conseguía un cáncer de piel. Eso pensaba el inspector Martínez desde la terraza de su apartamento mientras leía el periódico. Llevaba alquilando el mismo piso en La Manga desde hacía casi diez años; su mujer insistía en que era la mejor forma de pasar las vacaciones, en la playa, pero él hubiera dado lo que fuera por escaparse unos cuantos días al norte. Quería visitar Cantabria, subir a los Picos de Europa. Era un sueño que quería ver cumplido antes de morir, pero su mujer insistía en que eso lo harían cuando estuvieran jubilados, que, mientras pertenecieran a la clase trabajadora, lo normal en verano es ir de vacaciones a la playa.

Y ahí estaba él, leyendo el diario *La verdad* en la terraza

de un tercer piso con vistas directas al mar Mediterráneo. Al menos, las vistas son preciosas, eso hay que reconocerlo. Su tranquilidad se vio rota cuando unos chavales se pusieron a jugar al balón usando como portería la puerta metálica del garaje. Tampoco le gustaban los niños, sobre todo los niños de vacaciones. Paseó su mirada por la playa, se detuvo en la caseta del socorrista, que estaba mirando el móvil en vez del mar; se fijó en las sombrillas, que tachonaban la arena como flores en un campo de tulipanes y recordó que unos meses antes esa misma costa había sido el escenario de dos asesinatos llevados a cabo por jóvenes de apenas veinte años de edad. Fue un caso triste, atraparon a los asesinos, pero muchas vidas cambiaron en el transcurso de esa investigación.

–José Antonio, voy a bajar a la playa con los vecinos a darme un remojón, ¿te vienes? –su mujer le hablaba desde el salón mientras metía en una cesta de mimbre una toalla, las gafas de sol y una silla plegable.

–Ya sabes que yo no soy muy de playa, me quedo aquí leyendo el periódico, pero cuando vuelvas, llámame y me voy contigo un rato a la piscina.

Su mujer sonrió, sabía que su marido era más bien de seco y que la playa no era su hábitat natural, pero apreciaba el hecho de que se esforzara para que ella y los niños estuvieran felices. Se acercó a donde estaba su marido y le dio un beso en la coronilla antes de salir al rellano para coger el ascensor.

El inspector Martínez se acomodó en la silla de plástico de la terraza y se dispuso a leer la sección internacional de su periódico. Al día siguiente volvería al trabajo y escaparía de esta cárcel de arena y sal; le gustaba más estar en su despacho de la comisaria, rodeado de su equipo y contan-

do los días que le quedaban para jubilarse y poder subir a los Picos de Europa.

–Estrella, ¿se puede saber dónde has puesto el cubo de playa? –Raúl estaba a cuatro patas mirando debajo del sofá y su rostro reflejaba cansancio.

La niña apareció en lo alto de la escalera con un cubo de Nemo lleno de muñecas Barbie y accesorios. Se lo enseñó a su padre sujetándolo en alto con las dos manos. Raúl le sonrió con ternura.

–Mamá me ha dicho que tengo que ordenar mi habitación, que nos vamos a casa, así que he guardado mis muñecas todas juntas para no perder ninguna, porque las quiero mucho.

Raúl le volvió a sonreír y subió la escalera para recoger el cubo que su hija le tendía. Esta niña no dejaba de sorprenderlo con lo espabilada que era. Al llegar a lo alto de la escalera cogió el cubo con una mano y con la otra izó a la pequeña y se la echó a la espalda.

–¿Estrella? ¿Dónde estás, Estrella?

La pequeña no paraba de reír, estaba encantada, ya que este era uno de sus juegos favoritos.

–Aquí... Papá, aquí... –decía de forma entrecortada por culpa de la risa.

–La estoy oyendo, pero no puedo verla. Rocío, ¿sabes dónde está Estrella?

La mujer de Raúl salió del cuarto de baño, llevaba una bayeta y un limpiacristales en la mano. El pelo recogido con una coleta alta y un kaftán encima del traje de baño.

–¿Otra vez has pedido a la niña, Raúl? –preguntó con una sonrisa de oreja. Le encantaba ver cómo su marido y su hija